

V.

La acción militar.

Un breve estudio comparativo de la situación militar en Febrero de 65, en Enero de 66 y en Julio del mismo año, demostrará por sí solo que, lejos de que las fuerzas invasoras estuviesen á punto de terminar su obra nefasta, nuestra causa nacional se levantaba, día á día, más fuerte y vigorosa.

La rendición de Oajaca por el General Díaz, marca el punto de apogeo de la expedición francesa. Allí pereció el reorganizado Ejército de Oriente, como había perecido en Matehuala la División de Guanajuato, mandada por Doblado; como habían desaparecido, en la retirada subsecuente á la derrota de Majoma, las Divisiones de Durango y de Zacatecas reunidas á las órdenes del General González Ortega; y como al mando de Arteaga, el Ejército del Centro, deshecho siempre y siempre rehecho, se había desarticulado tras la derrota de Jiquilpan. Esos fueron los días más tristes de la patria. El antiguo ejército estaba vencido, aniquilado, destruido! Y sin embargo, los franceses no eran dueños sino del terreno que pisaban. A los flancos, á la retaguarda de sus columnas se alzaban en armas los patrio-

tas! Guay del soldado francés que se retrasara unos momentos en su marcha! Como en España en 1808, su cadáver colgado de un árbol del camino, atestiguaba de parte del pueblo, con terrible realidad, el odio al invasor! Los guerrilleros en sus audaces correrías, llegaban hasta la misma Prefectura de Tlápam. Pero, en aquellos tristísimos días, Sonora y Chihuahua aun no veían hollado su suelo por tropas invasoras; y en la costa de Sotavento de Veracruz, en Tabasco y en Chiapas se rechazaba con denuedo á los franceses. Acapulco y Mazatlán, es cierto, estaban en poder del enemigo; pero Guerrero y Sinaloa combatían sin tregua al invasor. Tal era la situación militar en Febrero de 65. ¡San Pedro y Veranos eran las dos únicas estrellas de aquel cielo tan sombrío!

En Enero de 66 la situación era ya bien distinta. Para el Gobierno Nacional arrojado hasta Paso del Norte por la impericia del General Negrete,—brillante jefe de columna pero sin dotes para el mando superior—privado de toda clase de recursos pecuniarios, era evidentemente peor; pero desde el punto de vista militar la mejoría era bien sensible. Reveses y triunfos se habían sucedido unos á otros: Monterey y el Saltillo habían sido recuperados alternativamente por mejicanos y franceses. El General Negrete abandonando la formidable posición de la Angostura había visto deshacerse entre las manos, en la retirada al través del desierto, la brillante División debida al generoso esfuerzo de los hijos de Chihuahua; pero en cambio el General Escobedo, que no estuvo conforme con ese abandono, hizo una admirable correría, internándose hasta Catorce, Matehuala y Río Verde, cuyo principal objeto era hacer retroceder en su persecución á las tropas destinadas á marchar sobre el Gobierno Mejicano. Si Michoacán había visto varios triunfos franceses, también había contemplado á Régules victorioso en Tacámbaro. La sorpresa de Santa-Ana Amatlán, causa deplorable de las sangrientas ejecuciones de Urua-

pan, carecería de importancia militar, pues el Ejército del Centro, como el Fénix, renacía de sus propias cenizas. Treviño había atravesado con un puñado de jinetes desde Oajaca hasta Nuevo León por en medio de los destacamentos franceses— como la salamandra por el fuego—y llevaba á Escobedo el precioso contingente de su instrucción y de su arrojo. En Sotavento, Don Alejandro García, en jefe de la línea de Oriente, durante la prisión del General Díaz, formaba la coalición de los Estados de Oriente y rechazaba con denuedo los ataques del invasor ¹. En el extremo noroeste, en Alamos, recibía Rosales una muerte gloriosa; pero en cambio el General Díaz se evadía de su prisión é iba á formar en el extremo opuesto, entre Oajaca y Tehuantepec, con las tropas jamás sometidas de su hermano Félix y de Pérez Figueroa, el núcleo del nuevo Ejército de Oriente. Pero el principal síntoma de mejoría era la formación bajo la mano organizadora de Escobedo— que no había estado de acuerdo con el plan de encerrarse en Oajaca—de ese admirable Ejército del Norte que de etapa en etapa, de combate en combate, de victoria en victoria, vino desde las márgenes del Bravo hasta el corazón de la República, para plantar, sobre la misma tienda de Maximiliano, el estandarte de la Patria.

Medio año después, al concluir Julio, la situación militar se presenta del todo bonancible. Corona amenaza de cerca á Mazatlán, Jiménez y Altamirano se mantienen firmes en Guerrero, Régules se rehace de nuevo en Michoacán, Alatorre va á reaparecer en Barlovento, y toda la frontera se ve libertada por los grandes triunfos de Santa Isabel y de Santa Gertrudis. Esta última victoria permitió á Escobedo, merced al rico botín ² caído entre sus manos, dar á sus

¹ La campaña del General García es una de las más bellas, así como de las menos conocidas.

² El General Escobedo pudo confiscar todo el convoy: pero en atención á que muchas de las mercancías pertenecían á comerciantes patriotas, sólo les exigió el pago de dobles derechos.

tropas un armamento superior al de los franceses y hacer del Ejército del Norte el principal factor del triunfo nacional. No menciono aquí los grandes triunfos de Miahuatlán de la Carbonera, y de San Jacinto por ser posteriores á la fecha escogida por mí como término de comparación: aquella en que aún no había comenzado á ejecutarse el plan de concentración del Cuartel General francés.

Recapitulando: el año de 64 puede llamarse—como diría Victor Hugo—*el año terrible*. 65 es el año de la reorganización militar en que las guerrillas vuelven á constituirse en ejércitos. Y 66 es el año de la revancha!

El estudio comparativo que acabamos de hacer no deja la menor duda sobre el progreso adquirido por nuestras armas. Vamos ahora á probar que no se debió dicho progreso—como afirman por ignorancia ú obcecación los intervencionistas—al movimiento de concentración ordenado por el Cuartel General francés, sino al valor de nuestros soldados y á la estrategia de sus jefes; pues en Julio de 66—es decir, después de alcanzado el triunfo de Santa Gertrudis— aún no había concebido el Mariscal Bazaine el plan de concentración y lejos de pensar en el reembarque de sus tropas, pensaba hacerse fuerte en lo que él llamaba: «una nueva línea de fronteras en el Norte.»

El Mariscal conocía perfectamente la diferencia de la situación. Había pasado el tiempo en que un Coronel francés á la cabeza de su regimiento de zuavos y de dos escuadrones de caballería, presentara combate en Majoma á dos divisiones mejicanas ¹ y llegado aquel en que un Coronel

¹ Los autores franceses dan á Martin 700 hombres y á González Ortega 3,000. Estos datos son inexactos. Fué táctica, seguida entonces constantemente, la de aumentar el número de los soldados mejicanos y disminuir el de los franceses en la relación de los combates. Desde entonces se rectificó que las fuerzas mejicanas no llegaban á 2,500 hombres, de los cuales no todos entraron en acción. La superioridad de disciplina y armamento contrabalanceaban la inferioridad numérica de los franceses. Nosotros, sin embargo, admiramos el heroísmo del Coronel Martin y el tal vez mayor del Comandante Japy, que le substituyó en el mando.

francés se guarecía en Cerralvo, no osando medirse en campo raso con las fuerzas del General Escobedo; y se retiraba á toda prisa para incorporarse al grueso de sus tropas al simple anuncio de la victoria de Santa Gertrudis. ¡Martín se llamaba el uno, de Tuce el otro! El desaliento y la deserción que minaban nuestras filas en 64, hacían en 66 sus estragos en las filas francesas. La vieja Francia tiene en su historia un ejemplo semejante: bastó la aparición de Juana de Arco para reanimar el espíritu de los soldados de Carlos VII y arrojar el desaliento sobre las tropas inglesas del Duque de Bedford. Había pasado la hora de los ataques impetuosos y los franceses se mantenían á la defensiva.

No son exageraciones nuestras las palabras que acabamos de decir. Vamos á copiar en su comprobación los siguientes párrafos de Paul Gaultot, quien, lo repetimos, escribía bajo el punto de mira del Cuartel General del Cuerpo Expedicionario. Dicen así:

«Durante este tiempo—el de la derrota de Olvera en Santa Gertrudis—el Coronel de Tucé que había llegado á Mier¹ esperaba el convoy anunciado, fué la nueva del desastre la que le llegó. . . .

«Un año antes, un oficial francés, en semejantes condiciones, se habría precipitado en persecución de los disidentes vencedores, y puede ser que hubiese llegado á recobrar el convoy y á vengar á nuestros aliados derrotados. *Ahora, el entusiasmo cedía el paso á la prudencia.* El Coronel de Tucé no se creyó facultado para lanzarse á esa aventura, ni para comprometer la seguridad de la *conducta* de plata que le había sido confiada: y condujo sus tropas hacia atrás.

«Además, es necesario confesarlo, *el desaliento se apoderaba á ocasiones de los jefes, la desmoralización hacía espantosos*

¹ Tucé debía llegar hasta Mier, pero amagado por Escobedo se guareció en Cerralvo.

estragos aun en las tropas francesas. No es bueno dejar por tanto tiempo á los hombres guerrear más como partidarios que como soldados en regiones lejanas, en donde la falta de vigilancia acaba, tarde ó temprano, por hacer que las naturalezas groseras recobren sus instintos difícilmente domeñados por la disciplina. Las deserciones se multiplicaban: en veinte días 82 hombres del regimiento extranjero habían pasado á los Estados Unidos.

«No eran únicamente los enganchados de nacionalidad extranjera quienes así traicionaban á su deber: los franceses, *cansados* de un servicio penoso, enamorados de la vida libre é independiente, cedían á las pérfidas sugerencias de los disidentes y desertaban de la bandera de su país. Las medidas enérgicas apenas si lograbran, no suprimir sino atenuar el mal.»¹

Uno de los efectos de la victoria de Santa Gertrudis fué la rendición de Matamoros lo que privaba á los franceses de una de las aduanas que debían intervenir para la percepción de una parte de los derechos, según la Convención del 30 de Julio de 66. El Mariscal, deseando recuperarlo pensó si era posible intentarlo con la División Douay que se encontraba en el Saltillo. «Pero las objeciones—dice Paul Gaultot—se presentaban en tropel á la mente del Mariscal. Desde luego, Mejía afirmaba que *sería una locura* lanzarse por aquellos peligrosos lugares *sin tener siquiera doce mil hombres disponibles.* Además, una expedición tan importante estaba en contradicción con las órdenes recibidas de Francia; después, aun admitiendo que se volviese á entrar en Matamoros se necesitaría resolverse á evacuarlo de nuevo *al cabo de algunos meses cuando definitivamente se retirasen las tropas* (luego, aún no se trataba del movimiento de reconcentración para embarcar el ejército, cuyo movimiento tenía que ser definitivo) ¿A qué represalias no quedaría expuesta entonces la desgraciada ciudad?

¹ Fin d'Empire. Páginas 82 y 83.

«Y sin embargo, cuánto apenaba al Comandante en Jefe no hacer nada y aparecer como *aceptando con resignación este golpe y esta afrenta!* Resolvió enterarse por sí mismo y extenderse un poco hacia al Norte. Compuso una columna ligera que confió al Coronel du Preuil: la que él debería alcanzar el 2 de Julio.»¹

Si el Mariscal se daba cuenta exacta de la situación, el Archiduque estaba muy lejos de comprenderla. En carta fechada el 28 de Mayo de 66, en Chapultepec, decía: «Mi querido Mariscal: Las noticias que recibo del exterior y del interior me demuestran la imperiosa necesidad de arrojar otra vez á Juárez de Chihuahua y de ocupar definitivamente esta ciudad para quitar á los Estados Unidos el único pretexto plausible de acreditar un Embajador cerca de él y la ocasión de presentar cada día nuevas exigencias como jefe de mi ejército, tendréis la bondad de *atender á su ejecución.*» «La forma—agrega Paul Gaultot—tanto como el fondo de esta carta debían por su naturaleza causar al Mariscal una sorpresa profunda. ¿Cómo le llamaba Maximiliano: jefe de su ejército? ¿Cómo osaba dar órdenes tan netas y tan formales á un Mariscal de Francia? ¿Cómo, por último, se imaginaba que era posible al ejército francés volver á intentar una expedición en el extremo norte cuando estaba á punto de replegarse hacia el sur, para reembarcarse?

«¿Tenía alguna probabilidad de éxito semejante tentativa, (Ninguna. Esa fué la verdadera causa de que no se intentara) cuando en 1864 la marcha rápida y destructora del General Bazaine no lo había logrado, y cuando, por último, la ocupación de Chihuahua por el General Brincourt en 1865 no había podido ser duradera?

«. aún admitiendo que la columna provista de un material suficiente, franquease con facilidad las enormes

1 Ibid página 84.

distancias que separan á Chihuahua de los *puntos extremos* ocupados por nuestras tropas, sean Durango ó el Saltillo, ¿tenían la esperanza de capturar á Juárez? Evidentemente que no; el Presidente haría lo que ya había hecho, se internaría en las soledades del Norte y quedaría en paz con una nueva residencia en Paso del Norte. ¿Era útil arriesgar tantas vidas y hacer tan fuertes gastos para llegar á un tan pequeño resultado?»¹

Como se ve los franceses se habían replegado á la línea de Durango y Saltillo por razones de seguridad militar y no por obedecer al plan de concentración y para el reembarque, puesto que en 28 de Mayo de 66—al recibir la carta del Archiduque—mucho tiempo después de establecida esa línea—el Mariscal declaraba que el referido plan de concentración *estaba á punto* de efectuarse: luego aún no se había efectuado. El Mariscal, además, había sido impotente para conservar sus comunicaciones con Matamoros, por eso fué preciso ordenar el movimiento combinado de Tucé y Olvera que debían encontrarse en Mier para cambiar sus respectivos convoyes: combinación destruída por el General Escobedo con el amago á de Tucé y el combate con Olvera. De modo que la espléndida victoria de Santa Gertrudis tuvo por causa el haber abandonado el Mariscal la prudente defensiva que había observado en el Norte desde la derrota de Brián en Santa Isabel.

Napoleón que, como el Archiduque, tampoco se daba cuenta exacta de la situación militar, en una carta fechada el 15 de Mayo, y recibida por el Mariscal en los mismos días que la noticia de la derrota de Olvera, insertaba un párrafo escrito en Méjico por un oficial, cuyo nombre callaba pero cuya opinión decía que era completamente conforme á la suya. En ese párrafo se leía lo siguiente: «. es necesario hacer aquí una gran chuza y sobre todo una chuza *de*

1 Ibid páginas 68 y 69.

cabezas. Es necesario abatir á Régules en Michoacán, á Corona en Sinaloa, á Méndez en Tampico, á Escobedo en Nuevo León y otros dos ó tres más aún. . . . Así se hará *mesa limpia* y podremos encaminarnos hacia Veracruz dejando el país tranquilo, cuanto es posible.» A pesar de que estos consejos—agrega Gaulot—podían pasar por órdenes, el Mariscal no pensó ni por un solo momento en ejecutar un proyecto *tan insensato*.»¹

Llegado á San Luis, el Mariscal escribió una carta al Archiduque, con fecha 11 de Julio, la que contenía un verdadero ultimatum en las palabras que copiamos. «No puedo emprender nada en este momento desde el punto de vista *ofensivo*, antes de conocer la *solución* que Vuestra Magestad haya creído *deber dar* á la nota que S. E. el Ministro de Francia le ha entregado el 9 de este mes y de la que he recibido una copia de mi gobierno.»—«La última parte de esas instrucciones prescribe la *concentración de las tropas francesas* en el caso de que Vuestra Magestad no accediese á las proposiciones del gobierno francés.»²

Como se ve hay un documento firmado por el Mariscal Bazaine en el que consta oficialmente que el 11 de Julio de 66, el movimiento de concentración dependía condicionalmente de la no aceptación por el Archiduque de las proposiciones francesas; y como sí las aceptó en la Convención de 30 del mismo mes, resulta que al terminar Julio—mes escogido por nosotros como término de comparación en el estudio de la situación militar—ni se había empezado á ejecutar, ni se pensaba en llevar á cabo por entonces, el plan de concentración para el reembarque.

Todavía más, el 4 de Agosto, desde la Hacienda de Bocas, escribía al Archiduque el Mariscal: «Por extremado que parezca, á primera vista, el partido por el cual me he decidi-

1 Ibid página 108.

2 Ibid página 108.

do *haciendo evacuar á Monterrey y el Saltillo* yo reconozco, cada día más, que era *urgente obrar así*. . . . «No había pues que dudar, bajo ningún punto de vista político, financiero ó *militar*. Además, esto permite reforzar las plazas situadas á la retaguardia y constituir, por decirlo así, *una nueva línea* de fronteras del Norte, muy sólida y más fácil de guardar; separando los puntos extremos de esta línea y el país evacuado un verdadero desierto árido y sin recursos.»¹

No podríamos desear mejor comprobación que la que dan estas palabras oficiales del Comandante en jefe del Cuerpo expedicionario á nuestra afirmación de que los *movimientos retrógrados del ejército francés en la primera mitad del año de 66, se debieron á razones de seguridad militar: seguridad amenazada por el patriótico esfuerzo de nuestras tropas*.

1 Ibid página 116.

La eterna calumnia de los intervencionistas.

Los empedernidos intervencionistas mejicanos, es decir, los que se acogieron á la generosa amnistía concedida por el Gobierno Nacional, para escapar al merecido castigo de su infidencia, pero que, sin arrepentirse, alardean de su negro pasado, han dado á las palabras del Sr. Lic. Mariscal una extensión absurda y han tomado la palabra influencia usada por dicho señor en su brindis del Auditorium, como equivalente de apoyo moral y *material*; y hecha esta tergiversación—que deja al descubierto su mala fe—presentan al malhadado brindis como una *confesión de parte* que comprueba lo que hemos llamado su eterna calumnia.

Al aceptar los intervencionistas recalcitrantes la *falsedad* de que fueron vencidos por el auxilio prestado á los liberales por los Estados Unidos, lo hacen no sólo con el objeto de amenguar nuestras legítimas glorias nacionales, sino con la intención dolosa—por eso la calificamos de calumnia—de embaucar á la nueva generación haciéndola creer que si el partido conservador llamó en su ayuda á los franceses, el liberal llamó en la suya á los americanos; y que si hubo traición de parte de ellos, también la hubo de

parte de sus contrarios. ¡Triste defensa! consistente no en probar su inculpabilidad, sino en la pretensión de extender su culpa sobre aquellos mismos que la castigaron!

La falsedad del hecho imputado al partido liberal, queda demostrada con la simple relación que hemos hecho de la conducta del Gobierno americano. Además, aun viven infinidad de personas que vieron á los ejércitos de la República sitiar á Querétaro y á la Capital, y las cuales pueden atestiguar que no había en ellos elemento alguno extranjero; pues los muy contados extranjeros que militaban en nuestras filas, ya fuesen desertores franceses ó austriacos, ya fuesen voluntarios alemanes ó americanos, se desvanecían en la organización de nuestros batallones, sin formar nunca una sola unidad táctica, mientras que sí está probado que además del ejército francés y de las legiones belga y austriaca, auxilió á los traidores—en el campo de batalla de Santa Gertrudis—un batallón de americanos exconferados.

Pudo, por tanto, el Presidente D. Benito Juárez decir, con plena verdad, en su manifiesto del 15 de Julio de 1867, refiriéndose al triunfo nacional:

«Lo han alcanzado los buenos hijos de México, *combatiendo solos, sin auxilios de nadie*, sin recursos, sin los elementos necesarios para la guerra. Han derramado su sangre con *sublime patriotismo*, arrojando todos los sacrificios antes de consentir en la pérdida de la República y la libertad.»

Vamos ahora á demostrar que es calumniosa la calificación que dan los no arrepentidos intervencionistas al hecho supuesto del *auxilio material* de los Estados Unidos, considerándolo como si realmente se hubiera recibido.

El Gobierno nacional mejicano, dentro del más puro patriotismo, podía haber pactado con el de la Unión norteamericana, para rechazar la invasión francesa, una alianza ofensiva y defensiva; y, en virtud de ella, recibir el *auxilio*

material de la república vecina, representado por un ejército que hubiera combatido á nuestro lado contra el ejército francés.

En todos tiempos y en todas las naciones se ha admitido como legítimo el auxilio extranjero para rechazar una agresión extranjera también. Lo que es ilegítimo es impetrar el auxilio extranjero para convertir en triunfo una derrota sufrida en las contiendas civiles; y eso fué lo que hicieron los conservadores. Su razonamiento sería justo si los liberales para derribar al Gobierno reaccionario se hubieran valido de los ejércitos americanos; pero desde Salamanca hasta Calpulálpam, en todos los combates de la guerra de Reforma, pelearon solos los liberales; como en la guerra contra la invasión francesa, pelearon solos, completamente solos, los patriotas; aun cuando en este último caso habrían podido, sin mengua ni desdoro, oponer extranjeros á extranjeros, americanos á franceses.

A este respecto, dice mi padre en su «Revista» de Septiembre de 65: «el interés que ella—la nación americana—toma en nuestro favor, no nace de miras ambiciosas; procede únicamente del muy justo *deseo de sostener la sabia doctrina de Monroe; de no consentir el peligro* del establecimiento de una monarquía en su frontera; de *castigar* al astuto soberano que aprovechó su discordia civil, al ingerirse en nuestros asuntos; de *oponerse* á una influencia europea, cuyas confesadas tendencias son las de contrariar la prosperidad y la grandeza de los Estados Unidos. No son estos por lo mismo *desinteresados* en la cuestión, la cual por el contrario les afecta bien de cerca. Pero su interés *no es opuesto; ni mucho menos amenazador para el de la república mejicana*. Los dos pueden ligarse perfectamente, sin mengua, sin desdoro, sin perjuicio de ninguna clase.—En el supuesto de que ese auxilio de los Estados Unidos *importara para Méjico la pérdida de su independencia* ó la de una parte siquiera de su territorio, sería desechado desde luego por los bue-

nos patriotas que *odian toda intervención extranjera*. Para ellos, *Méjico no debe ser de la Francia ni de los Estados Unidos, ni de ninguna otra potencia; Méjico debe ser única y exclusivamente de los mejicanos.*»

Lo repetimos, el Gobierno nacional dentro del más puro patriotismo, podía haber pactado con el de la Unión una alianza ofensiva y defensiva con el exclusivo objeto de rechazar la invasión de los franceses; y siempre que esa alianza no comprometiese la independencia, la integridad ó, simplemente, la dignidad de la Nación.

Los intervencionistas han querido hacer creer que el auxilio militar francés, por ellos impetrado, no atacaba tampoco la integridad, la independencia ni la dignidad de la Nación. Las miras de Napoleón sobre Sonora, abandonadas por el obligado retiro de su ejército, prueban que sí peligraba la integridad de la Nación, y aun suponiendo que los intervencionistas no quisieran pagar á ese precio la protección recibida de los franceses, siempre resultaría que habrían comprometido la integridad del territorio permitiendo, á quien tales miras abrigaba, enseñorearse militarmente del país. Respecto de la independencia, no deja la menor duda de que la sacrificaron á la voluntad de Napoleón, el hecho innegable—reconcido hasta por sus mismos historiadores—de que el Comandante en Jefe del Cuerpo Expedicionario francés, ejerció la *suprema autoridad* de una manera *franca* antes de su entrada á Méjico y durante el período de la Regencia, y de una manera solapada, pero no por eso menos real, durante el reinado del Archiduque. Ya en otra de nuestras «Rectificaciones,» en la motivada por los errores en que había incurrido el Sr. Hans—quien en atenta carta, que debidamente le agradecemos, nos dice que no olvidemos que escribe lejos de nuestro país y de los acontecimientos, y cuya buena fe nos complacemos en reconocer de nuevo—hemos demostrado *in extenso* la verdad de nuestra afirmación; pero basta para probarla recordar que Napoleón

en sus instrucciones á Forey decía: *Donde quiera que flote nuestro pabellón vos debéis ser el único amo.* En cuanto á la dignidad de la Nación fué tan completamente sacrificada por los intervencionistas, que llegaron á dar una prueba oficial de ello votando en la Junta de Notables y publicando solemnemente en el Decreto respectivo que: «La Nación mexicana se remite á la *benevolencia de S. M. Napoleón III Emperador de los franceses*, para que le *indique otro Príncipe católico*, en el caso de que por circunstancias imposibles de preveer, el Archiduque Fernando Maximiliano no llegase á tomar posesión del trono que se le efrece.»¹

Las ideas que acabamos de exponer han recibido la sanción de la Historia en un caso idéntico al nuestro: en el caso de España.

En 1808 invadía á España el ejército de Napoleón el Grande, sin previa declaración de guerra, y se apoderaba, con alevosa felonía, de la ciudadela de Pamplona; en 1862 invadía á Méjico el ejército de Napoleón el Pequeño, sin previa declaración de guerra, y se apoderaba, con alevosa felonía, de los desfiladeros del Chiquihuite. En 1808, una asamblea española, elegida por un Mariscal del primer Emperador francés, ratificaba la designación imperial, que colocaba la corona de España en las sienes del Príncipe José; en 1863 una asamblea mejicana, elegida por un General del último Emperador francés, ratificaba la designación imperial que colocaba la corona de Méjico en las sienes del Archiduque Maximiliano. En una y en otra ocasión, se aparentaba respetar la independencia del país invadido; pero en ambos casos hubo verdadera dominación francesa. En una y en otra ocasión tuvieron los intrusos monarcas adeptos y partidarios, pero en ambos casos levantáronse en armas los patriotas. Hasta aquí la identidad es absoluta. Pequeñas diferencias

1 En nuestra «Rectificación» relativa al Gral. Alatorre hemos dado los nombres de los nueve Notables que votaron en contra de esa proposición.

que no atañen al punto esencial de la cuestión hacen todavía más evidente el atentado á nuestra independencia: Napoleón I, aunque en realidad no tenía más derecho que la fuerza, aparentaba deducirlo de las reales abdicaciones. Napoleón III halló, en vez de la abyección de Carlos IV y de la medrosa debilidad de Fernando VII, la admirable entereza de D. Benito Juárez. Nuestras ideas, como decíamos han recibido la sanción de la Historia: á pesar de que Napoleón I no se anexionó la España, llámase á la guerra sostenida contra él: guerra de independencia; y *á pesar de haber recibido España el auxilio militar de Inglaterra*, la Historia, la justiciera Historia, imprime sobre la frente de los partidarios del Rey José, el estigma de la traición; y coloca sobre la cabeza de los que combatieron al lado de Lord Wellington, la aureola del patriotismo.